

La presente colección llena un vacío en el desarrollo de nuestra cinematografía, ya que, salvo aisladas excepciones, no se han publicado guiones de películas chilenas.

La Escuela de Cine de la Universidad Mayor, en conjunto con la Cineteca Nacional de Chile impulsaron esta publicación con el ánimo de estimular la reflexión, el estudio, la conservación y la difusión de nuestro patrimonio cinematográfico, facilitando el acceso de académicos, estudiantes, cinéfilos y público en general a los guiones de películas relevantes de nuestra historia reciente.

Para la selección de los presentes diez títulos se consideró el éxito de taquilla, la repercusión en la crítica y los premios obtenidos por las películas dentro y fuera de Chile, además de la existencia de textos originales que sirvieran de referencia directa a su transcripción. Pero aunque ésta publicación está basada en los guiones escritos originalmente, en definitiva, es el reflejo de lo que terminó siendo cada película en la pantalla, luego de los cambios hechos en rodaje y con el montaje final.

Con ésta iniciativa hemos querido contribuir a enriquecer la historia de nuestra cinematografía para el beneficio de las futuras generaciones. En tal sentido, esperamos que esta primera colección sea el primer paso en este camino que hemos abierto.

Ricardo Larrain P  
*Director*  
*Escuela de Cine Universidad Mayor*

# B-HAPPY

Idea original de  
GONZALO JUSTINIANO

Guión, primera versión  
GONZALO JUSTINIANO  
FERNANDO ARAGÓN

Guión, segunda versión  
GONZALO JUSTINIANO  
SERGIO GÓMEZ

Guión, tercera versión  
GONZALO JUSTINIANO  
DANIELA LILLO

Guión, versión definitiva  
GONZALO JUSTINIANO

**CINEMATOGRÁFICOS**



*B-HAPPY* (2003) es una película cuyo origen se remonta a uno de los primeros filmes de su director, Gonzalo Justiniano. La idea del guión surgió cuando filmaba *Caluga o Menta* (1990) y es imposible desligar la trama de ese filme que nos hablaba de un cine chileno que comenzaba a proponer la estética de uno de los realizadores más prolíficos de la última década.

La marginalidad retratada aparece como elemento que conectaba ambos filmes, mostrando unos personajes anclados en la predeterminación social, hijos de descarnadas y duras realidades, donde la anécdota abre espacio al conflicto de quienes viven en una sociedad que pareciera entregarles pocas salidas.

El guión, cuya idea original es de Justiniano, nace del diálogo del realizador con una mesera de 14 años en una fuente de soda en Caldera, mientras buscaba locaciones para filmar *Caluga o Menta*.

“En cada una de mis pasadas se acercaba esta niña que me atendía y me contaba pedazos de su vida. La vida que le había tocado vivir, que era bastante dura, habría dañado psicológicamente a cualquiera. La paradoja –y lo que más me impresionó– es que ella estaba feliz. Se había arrancado de su casa en Punta Arenas y estaba muy feliz de encontrarse en Caldera, muy cerca de llegar a Arica, que era su sueño”, decía Justiniano al momento del estreno de la cinta.

“A partir de esa conversación, esa experiencia, esa emoción que uno recoge –realmente era sobrecogedor e increíble la cantidad de peripecias en esa vida– dije ‘aquí hay un buen tema para hacer una película’. Estuvo reposando bastante tiempo y empezamos a hacer una ficción. Lo que me interesaba es que recogiera esos instantes de una vida como diapositivas, y me di cuenta que la película tenía que estar construida en base a la emoción,

más allá de un guión muy inteligente, y con esas sensaciones hacer fluir los hechos o las diapositivas de la vida de Katty”.

La elipsis es una opción del relato que tiene que ver con la fragmentación de la propia historia que le contó la mesera a Justiniano. Se trataba de recoger instantes de una narración. “Con la mesera fue así: ella venía, me contaba una cosa y se iba a atender, luego volvía y me contaba otra cosa, y luego otra. Más allá de ‘¿qué te pasó acá?’ y retomar lo anterior, me contaba historias que quedaban en el aire. Fue una apuesta y me gusta como quedó. Hace que el espectador complete las historias”, recordaba el realizador.

En la película, esta elipsis se traduce en reiterados fundidos a negro que obligan al espectador a imaginar la escena o incluso la secuencia posterior.

La escritura partió con la dupla Justiniano-Aragón, luego tuvo una segunda versión de Justiniano y Sergio Gómez, una tercera de Justiniano y Daniela Lillo y la versión final del realizador.

La cinta gira alrededor de la historia de Katty (Manuela Martelli), una adolescente que, al borde de cumplir los 15 años, se encuentra con su propia historia de familia. Radomir (Eduardo Barril), un padre que apenas conoce, inmerso en el mundo de la delincuencia común; una madre, Mercedes (Lorene Prieto) que sobrevive con sus hijos arrasada por el estigma de un marido preso; un hermano (Felipe Ríos) que busca su propio camino apenas vislumbrando una identidad homosexual y marginal.

Katty, finalmente, comparte la marca que le estampa la sociedad al ser visualizada como “hija de ladrón”, y pese a ello procura seguir sus nexos emocionales cuando el vacío de la pérdida de la madre la lleva a buscar al padre nuevamente preso.

La cinta no trepida en entrar de lleno al mundo de la pobreza, en su cotidianidad más absoluta, en el espacio doméstico y en el espacio público, desde la casa hasta la calle, desde el living y el dormitorio del primer amor, el Chemo (Ricardo Fernández), hasta la esquina de la prostitución.

“No le tengo miedo a nada”, es la frase reiterativa de la joven que, lejos de transformarse en estereotipo del melodrama latinoamericano, constituye un personaje creíble, caracterizado por la emoción contenida.

La historia fluye como una especie de diaporama, de fragmentos y si-

lencios que permiten vislumbrar esos espacios de marginalidad en lugares inhóspitos como la cárcel, la correccional, un hospital, una casa descolorida, un descampado y un puerto, donde la protagonista cae aparentemente de modo casual, pero determinada por un destino que la lleva al mundo de seres que están al margen.

Pareciera que la salida es el sueño compartido con su padre, llegar a Arica, origen de los Mardovich, a encontrarse con la historia de familia, con el lugar que finalmente mueve al personaje.

El guión de *B-Happy* propone ese cierre, un relato que podría tener un desenlace salvador para el personaje, que podría llegar a encontrarse con su primer amor. Si bien la predeterminación social cierra las puertas a una adolescente en el inicio de la vida, la salida no es una quimera, sino una posibilidad.

Aun cuando es factible encontrar enlaces con las demás películas de Justiniano, la cinta no se detiene específicamente en el contexto de la denuncia política. El año 2003, ya se podían observar películas chilenas que incursionaban con más o menores aciertos en el mundo de la cultura popular, yendo más allá de la condición de determinismo de la denuncia. Se construye así una especie de friso de una realidad presente e identificable en cualquier espacio latinoamericano.

Nota de los editores:

*La presente edición toma como base la versión original del guión y considera los cambios efectuados durante el rodaje y el montaje final, de acuerdo a la revisión del director-autor.*